

Stoa

Vol. 4, no. 7, 2013, pp. 149-151

ISSN 2007-1868

DICEN QUE CARLOS FUENTES HA MUERTO

JULIO QUESADA
Instituto de Filosofía
Universidad Veracruzana
quesadajulio@yahoo.es

Renato Prada, *In Memoriam*

Berlín. Universidad Libre de Berlín. Semestre de invierno de 2000. Hacía un frío de la hostia, pero teníamos que ir a escuchar la conferencia de Carlos Fuentes sobre *El Quijote*. El aula magna del Instituto Latinoamericano estaba a rebosar y la expectación era enorme. Nuestro catedrático de Literatura Comparada, el dr. Arthur Ferisment, hizo una sobria presentación del escritor mexicano. Una bella traductora, una excepcional profesora Titular de Germanística que nos daba clase de alemán para filósofos, Inga Marx, como para olvidarse de ella, los martes de 16 a 18 hs, hacía la traducción simultánea para el público.

El Dr Ferisment dijo algunas cosas que se me quedaron para siempre: como que el escritor también piensa, que no es únicamente un artista que describe la realidad y nos la descubre en sus alturas y profundidades más imprevistas, sino que también es un “profesor” aunque sin sistema, sin la necesidad de hacer un manual de sus descubrimientos. En fin, que Fuentes no sólo era un excelente escritor, también rumiaba antes y después de la escritura de sus novelas. ¿En dónde acaba el novelista para dejar paso al ensayista? ¿Cómo enfocaría un escritor nato *El Quijote* para dar una conferencia, una lección magistral de Cervantes?... Ahí le dejó el toro.

Carlos Fuentes vestía un traje azul marengo de pana inglesa y llevaba una corbata negra, creo que lisa. Nunca lo había visto en persona y me pareció bastante alto y apuesto. Casi inmediatamente nos dijo (en alemán) que en Veracruz seguro que no hacía este frío, 8 bajo cero. Él pensaba que la Modernidad tenía, como mínimo, dos padres: Descartes y Cervantes, *El Discurso del método* y *El Quijote*; es más, aseguraba, hemos olvidado la preeminencia literaria, que también cronológica, del perspectivismo cervantino respecto del “Pienso, luego existo” de Cartesio. Explicó con palabras certeras de un español cosmopolita (utilizó varias veces el inglés para apoyar o desarrollar sus tesis) el sentido más profundo de la odisea moderna de Miguel de Cervantes: prestar atención a la realidad heterológica y heterofónica que era el mundo moderno. Puso como contra ejemplo de la novela moderna a *La Odisea*: de carácter circular, de vuelta a la patria, de actores de sangre azul que sí podían contar, y por ende, entrar en la historia, en fin, de un solo logos (palabra) y de un solo fono (voz). Era una historia en la que sólo participaba como sujetos-narradores reyes y reinas, príncipes, en fin, hombres con armas propias. No es que hubiera una única realidad, sino que una única realidad del mundo social podía cantarse a sí misma. Se tuvo que esperar a Cervantes para que se produjera una revolución moderna como la de 1789 en París. Pero el escritor nato, decía Fuentes mirando de vez en cuando sus papeles en el atril, el novelista moderna se tiene que dejar traspasar por la vida misma en su absoluta pluralidad y contradicción. Evocó con su propia literatura aquél Toledo de las tres culturas y “media”: la hebrea que era la lengua más antigua, la española castellana y cristiana y la musulmana con el árabe. Tres lenguas, tres religiones, tres modos distintos de percibir y ser la realidad. ¿Por qué “y media”? A mi juicio ahí está el detalle del escritor mexicano en Berlín: porque Cervantes inventa una nueva forma de narrar que consiste en ir de una lengua a otra. Es el moro aljamiado, aquél chico musulmán que entra y sale del castellano al árabe como si estuviera en su propia casa, Toledo, quien le hace conocer al lector de la existencia de un autor moro de *El Quijote*.

La novela moderna comienza con Cervantes porque la subjetividad que descubre este autor es una subjetividad tan compartida como la traducción. No por casualidad Fuentes, políglota, hacía un elogio de aquél triple Toledo, escuela de traductores y de convivencia, como en

la segunda mitad del siglo xx lo fuera la bella y espectacular Sarajevo antes de que entraran en acción las identidades asesinas. Cervantes pone en marcha hasta el infinito de la propia humanidad literaria, narrativa, la pluralidad de logos y la pluralidad de formas de hablar. No sólo “Pienso, luego existo” sino que cada sujeto, persona o individuo tiene una voz diferente dentro de su propia lengua. Fue el gran momento del descubrimiento de nuestra subjetividad corporal en ese río infinitamente plural que es la expresión humana. De modo que el Talento de Cervantes consistió en salvar la riqueza humana: no sólo porque supo poner en escena y, por lo tanto, defender la pluralidad de perspectivas que es el mundo; sino —y sobre todo— porque supo/quiso, salvar cada individualidad. En la novela moderna caben todos, ricos y pobres, obispos y putas, malandrines y jueces, bachilleres y Sancho Panzo, héroes y cobardes, Princesas del Toboso y Aldonzas Lorenzo, Cervantes y Fuentes, Pitol y Prada... El caso genial de Renato Prada es otro ejemplo a seguir. Autor de muchas novelas y de no pocos premios. Pero también era un excelente académico, un magnífico profesor de Literatura capaz de animar a los estudiantes de la UV contra la inercia.

Carlos Fuentes fue un señor en esta conferencia, algo muy raro entre los dioses, pues no aludió ni una sola vez a ninguna de sus obras (todas ellas traducidas al alemán) y de las que ya había hablado el Dr. Ferisment. Y al cabo de los años, mira por donde, me encuentro al escritor mexicano en Xalapa inaugurando su reino literario como hijo de Veracruz y Académico perpetuo de la UV. En su discurso nos prometió una literatura infinita.

Dicen por ahí que Carlos Fuentes ha muerto. Bueno, eso habrá que verlo.